

El Crítico

Antonio Malpica

Ilustrado por José Hernández



VIENTOS
DEL PUEBLO



EL CRÍTICO



Primera edición, 2019

[Primera edición en libro electrónico, 2020]

Coordinador de la colección: Luis Arturo Salmerón Sanginés

Ilustraciones de interiores y portada: José Hernández

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel.: 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-6481-5 (ePub)

ISBN 978-607-16-6418-1 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ANTONIO MALPICA

EL CRÍTICO

Ilustraciones

JOSÉ HERNÁNDEZ



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ERAN LAS CUATRO DE LA TARDE cuando Solana entró a su oficina y descubrió el paquete. Antes de acercarse siquiera, ya sabía de lo que se trataba. Pero no se sintió con ánimos de preguntar quién carajos lo recibió. O quién carajos dejó entrar a algún fulano desconocido a que lo depositara sobre su escritorio. Se quitó la gabardina y se sentó frente a él. Sabía de lo que se trataba pero no lo que era con exactitud. Sabía que tendría que ver con los otros tres crímenes pero no en qué forma. Intentó anticiparse al contenido. Lo levantó con cautela, aunque no pudo evitar que sonara el interior, un clin clin metálico que delataba monedas. Tornillos, tal vez. Prefirió no aguardar más. Extrajo su navaja del cajón y rasgó el cartón que forraba la caja. Levantó la tapa, acaso deseando que estallara de una buena vez una bomba y, con eso, dar por terminado el caso. (Después de tres muertos y ni una sola pista se permitía a sí mismo este tipo de bromas secretas.) En cambio, varias llaves pequeñas, todas numeradas, se revelaron ante sus ojos. Volteó la caja sobre su escritorio para convencerse de que no se le escapaba nada, una nota, un mensaje, algo. Bombas no, al menos; diez pequeñas llaves solamente. Prefirió, ahora sí, preguntar. Llamó a su asistente. ¿Qué carajos será esto, Ibáñez? Éste se mostró igual de desconcertado que su jefe. Más

bien, la pregunta es, resolvió Ibáñez, ¿qué abren esas llaves, no lo cree, inspector? No me diga, Ibáñez. ¿Y eso lo dedujo usted solo? Déjese de chistes y llévese una para mostrarla a los compañeros, a ver si alguno tiene una maldita idea. A los quince minutos volvió el asistente con una de las becarias, una estudiante de



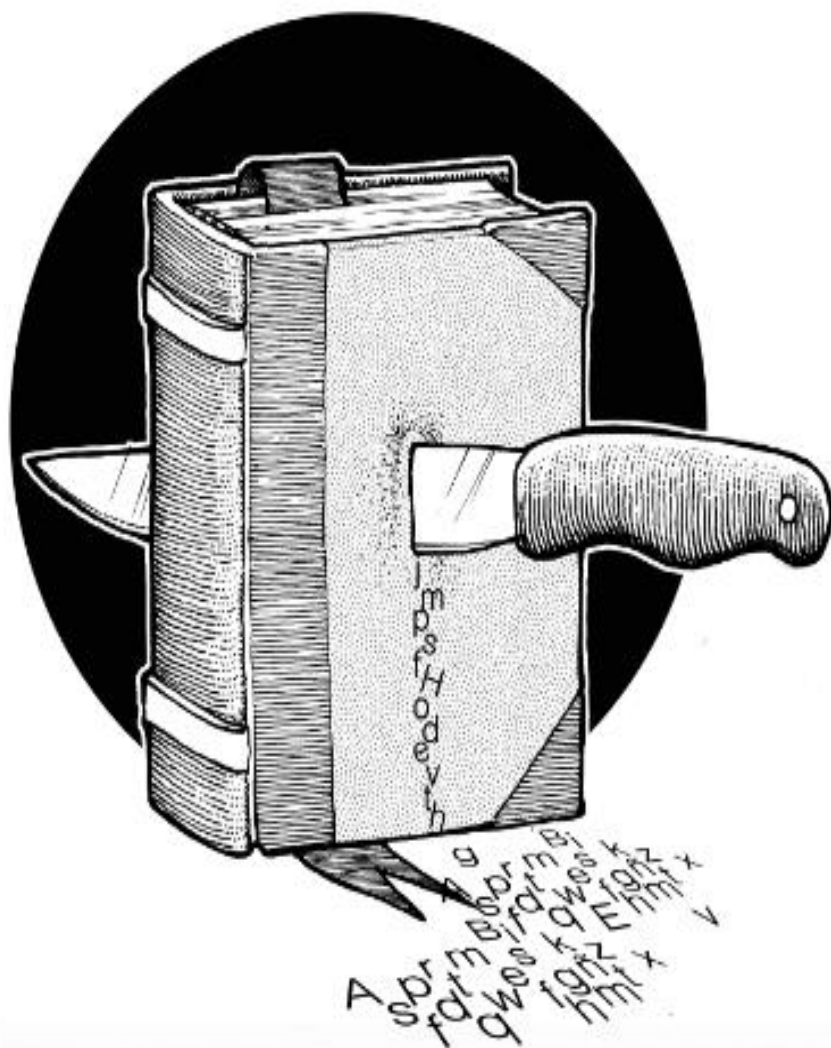
leyes nada mal de formas. Aquí la señorita dice que ella sabe. ¿Y bien?, la urgió Solana una vez que la becaria revisó el grupo restante de nueve llaves. Son llaves de paquetería. De los gabinetes de la Gandhi de Miguel Ángel de Quevedo, informó ella, devolviendo la décima llave a la caja con sus compañeras. El inspector no comprendió del todo hasta que la becaria se explicó mejor. La Gandhi, la librería, la que está casi saliendo del metro Miguel Ángel: cada llave corresponde a un gabinete de acuerdo al número grabado. Solana se quedó pensativo y ella contraatacó.

La Gandhi, la librería; sí sabe, ¿no?, los sitios esos en donde venden libros. No se haga la chistosa conmigo, señorita, gruñó Solana, quien en realidad no había respondido por estar imaginando ya el contenido de los mentados gabinetes. Ibáñez le sonrió a la becaria a espaldas de Solana. Y la becaria a él. A las cinco y diez ya estaban los tres sobre la patrulla en dirección hacia la Gandhi, la librería, la de Miguel Ángel de Quevedo, la que está casi saliendo del metro. A las cinco cuarenta ya estaban sacando la primera llave de la caja, frente a los mentados gabinetes. Ni siquiera se les ocurrió acordonar el área. Hágame los honores, Ibáñez, ordenó Solana. Ibáñez tomó receloso y malhumorado la llave que le extendía el inspector, la del número 35. Con el primer crimen, Solana había terminado bañado en sangre por no tener el suficiente cuidado; ahora prefería tomar sus precauciones, se echó para atrás, se cubrió discretamente el rostro. Ibáñez giró la llave y la rechinante puerta se abrió, pero no del todo; una moneda de cinco pesos cayó al suelo y rodó a los pies del ansioso asistente. Ya se había reunido una veintena de curiosos en torno a ellos. Fue una señora gorda la que se dio cuenta del hallazgo, cuando la puerta giró unos cuarenta y cinco grados sobre su eje. ¡Ay cabrón, es una mano!, palabras más, palabras menos, fue lo que gritó la dama. Hubo que acordonar el área y cerrar la tienda. En cada gabinete hallaron una parte del cuerpo de un mismo desafortunado individuo. Solana se aventuró a decirlo con todas sus letras: Algún pobre diablo de escritor. Ibáñez solamente asintió. La becaria, quien comía de una torta que le había invitado el asistente (con los cincuenta



pesos que obtuvo a cambio de las llaves), se enteró hasta ese momento. Lo llamamos el Crítico, sentenció Ibáñez, porque mata

escritores de poca monta, escritores que, de acuerdo a nuestras investigaciones, considera el desgraciado que escriben pésimo. Solana asintió. Ahora sólo resta averiguar quién es el pobre infeliz, concluyó. ¿Y cómo saben que los considera malos y por eso los mata?, se atrevió a preguntar la becaria. Porque siempre nos hace llegar un libro de la víctima lleno de tachaduras y correcciones, le respondió Ibáñez tratando que no se notara mucho que intentaba mirar al interior de su blusa cada vez que la tenía de frente. ¿Y ni una huella han podido obtener de tantos objetos que han pasado por sus manos?, insistió la becaria. Un montón de huellas, admitió Ibáñez, pero ni nosotros somos el FBI ni nuestros sistemas están desarrollados por Bill Gates. Ya van dos abuelas y un senador que arrestamos en falso; mejor preferimos ignorar las huellas. El sistema de reconocimiento ha de tener un *bug*. ¿Un *bug*?, preguntó la becaria, e Ibáñez, que estaba aprendiendo computación por las noches, quiso lucirse con la explicación, pero Solana no se lo permitió: le entregó un papel con una secuencia de números y letras mientras daba su consentimiento a otros oficiales para que el escritor, amontonado en una bolsa grande (amarilla y con letras púrpuras), siguiera su camino hacia la morgue. ¿Qué es esto?, preguntó Ibáñez con el papel en la mano. No tengo ni idea, admitió el inspector; estaba en el mismo *locker* que la cabeza, cosa de preguntar. Fue nuevamente la becaria la que salió en rescate de ambos: Tiene cara de ser una solicitud telefónica de un libro. Y antes de tener que enfrentarse a su estupefacción, les explicó que cualquiera puede pedir en Gandhi un libro por teléfono si no lo halla en una

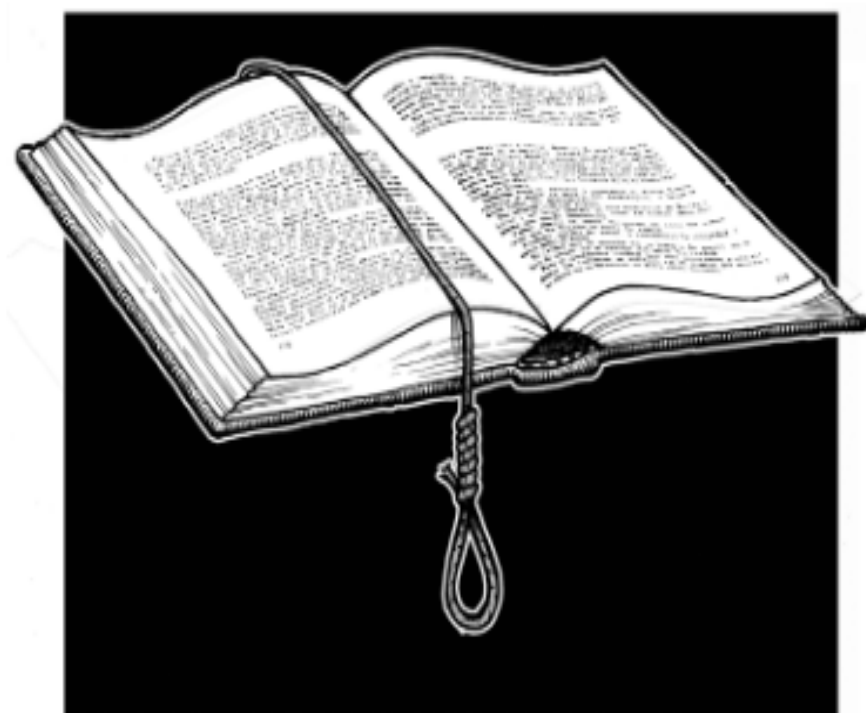


librería específica y, mediante una clave, éste le es enviado desde el sitio en que se encuentre. A las siete treinta y cinco, uno de los empleados ya les estaba entregando el ejemplar que correspondía a dicha clave. Los tres se miraron atónitos. Y eso que sólo la becaria era lo que se puede llamar una lectora en forma. ¿No dijeron que sólo escritores de poca monta?, cuestionó ella. Pues así había sido hasta ahora, confesó Solana ante el libro

que ahora hojeaba para enfrentarse a los cientos de enmendaduras de el Crítico, replicadas página tras página como una roja plaga virulenta. No puede ser, insistió la becaria, pues había oído que el autor hasta había sido considerado para un Príncipe de Asturias y un FIL (antes Juan Rulfo), ya ni hablar de las decenas de millares de volúmenes que vendía su obra año con año. Solana la acompañó hasta la patrulla, que afortunadamente aún no partía con los restos del laureado escritor. Ibáñez sostuvo la cabeza tomándola de los cabellos. Puta madre, sí es él, palabras más, palabras menos, fue lo que exclamó la becaria en su segundo examen de la víctima. Ibáñez devolvió la testa a la bolsa cuidándose de que la becaria no notara que él le miraba el trasero cada vez que la tenía de espalda. Puta madre, ¿y ahora?, se animó a decir el asistente, de vuelta en la librería, en una evidente muestra de apoyo a la becaria, quien le sonrió, y él a ella. Solana se rascaba el mentón al sostener el libro entre sus manos. El Crítico no había llegado a las ocho columnas de los periódicos porque los autores anteriores habían sido, en verdad, pobres diablos con tirajes oscuros de 500 ejemplares en editoriales patito. Pero ahora... ahora... no podremos evitar que esto haga eco hasta en Los Pinos, sentenció el inspector. Tal vez lo esté haciendo adrede, observó Ibáñez; como hasta ahora nadie ha hecho caso de sus "críticas" (hizo el ademán del entrecomillado) decidió ir en pos de un buen escritor para conseguir que los reflectores echen luz sobre su obra. La becaria consintió e Ibáñez se aplaudió a sí mismo su brillante ocurrencia mientras, a solas en el baño de la librería, arreglaba su peinado y

practicaba diversas poses frente al espejo. No es un crítico, es un payaso, conminó ella; e Ibáñez, ya de regreso del sanitario, estuvo totalmente de acuerdo. No obstante, Solana, que no se podía llamar a sí mismo un lector en forma pero sí un viejo sabueso urbano, decidió no dar esto por sentado. Llamó al gerente de la librería y le pidió un nombre, uno solo. Éste se tardó un poco en elegir (finalmente, tenía un gran catálogo de favoritos en la cabeza), pero cuando se decidió, lo hizo con toda convicción. Conseguir el teléfono en la editorial fue bastante más difícil. Y que lo comunicaran también. Eran las dos de la mañana cuando por fin logró Solana hablar con el autor que el gerente había sugerido. Ibáñez y la becaria conversaban respecto a sus últimas decepciones amorosas recargados en una pila de libros de poesía extranjera. Me dijeron que era una emergencia policiaca, sólo por eso respondí, dijo con voz rasposa el gran escritor, uno cuyo nombre hasta había sido mencionado un par de veces a la hora de los posibles premios Nobel de literatura. Dígame la verdad, lo urgió Solana, ¿qué tan bueno es este libro?, y mencionó el título que el Crítico había llenado de enmiendas. Es una joya de las letras nacionales, declaró el gran escritor, una de las mejores novelas de todos los tiempos, todo el mundo lo sabe. Como lo pensé, el maldito asesino es un payaso, se dijo a sí mismo el inspector. Y ya iba a colgar cuando el gran escritor se mostró interesado. ¿Por qué me lo pregunta?, si me ha despertado a esta hora, bufó el autor, creo que merezco saberlo. Así que Solana explicó con detalle el asunto. A esto siguió una pausa y, luego, una sola frase del otro lado de la línea: Voy para

allá. Eran las tres de la mañana cuando, en un taxi, arribó a la librería de Miguel Ángel de Quevedo el insigne letrado. Ya no había curiosos en la calle y éste no tuvo que sufrir el incordio de los autógrafos (el gerente, en esos momentos, dormitaba en su



oficina). En cuanto entró a la librería sentenciando, a voz en cuello: Quiero verlo, quiero ver el libro, Solana lo llevó aparte y le entregó el ejemplar. El gran autor se sentó a unos metros de la becaria e Ibáñez, quienes ya compartían un café de maquinita y se rozaban furtivamente con la mano. Ella hubiera podido identificar al recién llegado y tal vez hasta pedirle alguna dedicatoria pero en ese momento estaba muy ocupada sonriéndole a Ibáñez, y él a ella. A los pocos minutos tronó la voz del desvelado escritor: Me lleva el carajo, tiene razón. Solana, quien buscaba evidencias entre las páginas de *Mafalda*, cerró de

golpe el libro y corrió hacia él. ¿Tiene razón? ¿Quién tiene razón? El desgraciado éste, rugió el gran autor; la mayoría de sus observaciones son ciertas. Digo, hay que ser un purista, es cierto, pero tiene razón. En casi todo tiene razón. Yo mismo pensé muchas veces que estaba sobreadjetivado y que abusaba de los adverbios, que el capítulo cuatro sobraba y que... Solana lo contempló como se mira a un niño que todo el tiempo ha creído que existe Santa Claus y de pronto descubre a sus padres acomodando regalos bajo el árbol de Navidad. Pero no puede ser, se atrevió a decir el inspector pese a no ser un lector en forma; no puede ser que un miserable que se atreve a cortar en pedazos a un hombre e introducirlo dios sabe cómo en diez gavetas de paquetería tenga tal conocimiento de las letras, no puede ser. Pero el gran autor estaba devastado. Miró a la distancia a Ibáñez y a la becaria, quienes ya se besaban y metían mano detrás de las cuantiosas existencias de Siruela; y, a la vez, no los miró. Estaba devastado. Tomó su celular y marcó un número. Luego otro. Y otro. Eran las tres y media de la mañana cuando se realizó el cónclave de autores, todos de gran estatura literaria, algunos de ellos hasta con retrato en las paredes de esa misma librería. Eran las tres y cuarenta minutos cuando el gerente despertó, salió de su oficina y creyó estar en un sueño. Cinco minutos después, su sueño ya se había transformado en pesadilla, pues ninguno de sus admirados autores quiso firmarle un libro. Me carga la chingada, dijo uno que había sido jurado en el Juan Rulfo (hoy FIL); si hiciéramos caso a todas las observaciones de este cabrón, la novela sería una verdadera obra

maestra, una verdadera obra maestra. Solana los observaba intentando comprender lo que ahí se gestaba. Su mirada fue desviada hacia varios libros de Italo Calvino que se vinieron abajo ante ciertas sacudidas que no parecían propias de una librería, pero prefirió no hacer caso. Pensó que últimamente Ibáñez pasaba demasiado tiempo con él y hasta se sintió aliviado al ver que el muchacho tenía sangre en las venas y no atole como pensaba. No obstante, cuando se dio cuenta de que los ánimos comenzaban a exaltarse entre los escritores, decidió aproximarse. Fue en el momento en que uno, varias veces Premio Nacional en diversos rubros, le recriminó a otro con múltiples doctorados *honoris causa*, a voz en cuello: siempre dijiste que era un gran libro, cabrón, hasta publicaste dos ensayos elogiándolo, así que ahora ten los cojones de... Ejem, ejem, carraspeó Solana, para interrumpir. Ejem, señores, comprendo que todo esto los haya afectado sobremanera, pero yo necesito avanzar. Ya que, por lo visto, el crítico tiene la autoridad para corregirle la plana hasta al más pintado, me gustaría preguntar a ustedes si se les ocurre un nombre que podría encajar con el patrón del asesino. Un silencio cuajó entre todos, incluyendo al gerente que, expectante a espaldas del corrillo, no soltaba sus ejemplares ávidos de firmas. ¿Asesino?, preguntó uno calvo y de grandes gafas. ¿Asesino?, reiteró el de al lado. Así que el que por años había abrigado las esperanzas de ser el segundo Nobel de literatura mexicano, explicó lo que no había querido soltar por teléfono a sus colegas, aquello de que el peso de la crítica había terminado por descuartizar, y no metafóricamente hablando, a aquel de quien

llevaban discutiendo buena parte de la noche. El silencio volvió



adueñarse del recinto. Solana pudo ver con el rabillo del ojo a una figura desnuda escabullirse por los pasillos. El gerente intentó colar uno de sus ejemplares entre el corrillo, mismo que no tardó en ser catapultado por encima de la mesa de Grupo Planeta. El silencio era tal que se habría podido escuchar la mirada de un lector arrastrarse sobre las robustas letras de una delgada página. ¿En diez partes?, rompió uno la calma. Puta madre, dijo otro. Y volvió el funesto ambiente. Así que el inspector decidió que, o lo ayudaban a avanzar, o mejor los despedía y seguía la investigación en otro lado. Otra figura desnuda apareció y desapareció a gatas entre dos mesas. Luego, risitas entre los ejemplares de autoayuda y superación personal. Eran las cinco de la madrugada y la viuda del laureado autor ni

siquiera había sido notificada, dadas las circunstancias. Solana insistió: señores, un nombre, por favor. Uno solo y no los molesto más. Pero acaso por las estaturas literarias de los presentes, para ellos había sido como si se les interpelara en inglés medio, porque ninguno respondió. Más silencio. Más aflicción. Los minutos pasaron hasta completar la decena. Uno gordo y canoso se atrevió a preguntar a sus iguales, con evidente mortificación, acaso leyendo en sus pensamientos: ¿Quién seguirá? Y Solana comprendió al instante que sobre todos pesaba similar angustia. La investigación importaba un carajo, lo que importaba era no estar en la lista del sanguinario perfeccionista. El doctor *honoris causa* preguntó si había habido otras muertes y cómo habían ocurrido. Prefirieron no enterarse de los otros dos cuando supieron que al primero el Crítico lo había licuado en su totalidad y envasado en globos de colores. Solana decidió callar el detalle de que dos de esos globos se le habían reventado encima cuando quiso averiguar su contenido sin la ayuda de los peritos. ¿Habría modo de ver el libro?, pidió tímidamente uno de los literatos, y Solana asintió. No tardaría en asomar el sol por el horizonte; el caso, de todos modos, no progresaba. Ibáñez, gritó el inspector, ¿está usted en posibilidades de traerme de la patrulla el libro que marcamos como “evidencia A”? La becaria asomó la cara detrás de las escaleras. Llevaba puesta la camisa de Ibáñez. Yo le traigo el libro, inspector; Jorgito se ha quedado dormido, resolvió ella, mientras hacía el camino hacia el auto y dos de los *magna cum laude* la seguían con la vista puesta en su trasero. Así que “Jorgito”, se dijo a sí mismo el inspector cuando

ella le entregó el libro del primer autor asesinado y regresó a su sitio al lado del asistente, probablemente con varios libros de historia del arte sirviéndoles de cama, de colchón y hasta de dosel, barroco y perfumado. Fue el primero en llegar, aquel cuyo nombre sugiriera el gerente de la librería, el gran, gran, gran escritor, ese que en otros felices tiempos hasta había soñado con cierta sorpresiva llamada de Estocolmo, quien se animó a hablar. No tiene tantas correcciones, ¿verdad?, exclamó. No, no tantas, respondió otro, en verdad consternado. Un tercero se mordía las uñas. El inspector supo que ya no tenía caso seguir con eso. Lo supo cuando el cuarto, sentado aparte en el suelo con una de las grandes obras de uno de sus grandes colegas puesta sobre las rodillas, dijo triunfante: Mira, burro, aquí equivocaste una preposición. Solana tomó de un estante un libro al azar, uno de cuentos, y salió de la Gandhi de Miguel Ángel de Quevedo con el sol en los ojos y el murmullo de una discusión de altos vuelos (en torno al porqué la mala sintaxis debe ser castigada con la horca) en los oídos. Dio un aventón al gerente a su casa en pago por permitirle a Ibáñez y compañía dormir hasta que el primer empleado del día decidiera despertarlos. Eran las once de la mañana cuando pudo, por fin, desde su oficina, arreglar los detalles del deceso. Consiguió torear a la prensa y disfrazar el crimen de un ajuste de cuentas entre narcos. El descuartizado anónimo se conservaría anónimo por siempre. Y el autor tendría su homenaje en Bellas Artes (de cuerpo presente pero ataúd cerrado) en dos días, como corresponde en estos casos. La noticia de la muerte por infarto del eximio escritor ya circulaba en los

medios. Eran las tres de la tarde cuando decidió que podría echar una pestañita, pero Ibáñez se presentó justo en ese momento a frustrarle el plan. El asistente, blanco hasta la palidez, había descubierto, entre dos columnas de atlas ilustrados, que la becaria era novia de un *judas* que llevaba varios días en un operativo y al que apodaban el Monstruo. Solana sólo sonrió y lo mandó a hacer unos mandados mientras trataba de encontrar, en el libro que había tomado al azar de la librería, las claras señas de la mala literatura. Hasta sintió un poco de simpatía por el Crítico mientras avanzaba por el cuento que le había robado la atención por varios minutos. Para empezar, le parecía una falta muy grave el escribir un texto sin ningún punto y aparte y, en cambio, tantos puntos y seguido; ya ni hablar del abuso del punto y coma; ya ni hablar de la ausencia de guiones en los diálogos. Juzgó horrible el ver las letras tan de bulto, los párrafos tan apretados y sin conceder respiro alguno. Se preguntó qué suerte correría tan grosero escritor en manos del Crítico. Supuso que el perfeccionista lo asfixiaría primero y luego lo haría entrar en un cubo de minúsculas dimensiones a modo de castigo. Al final, prefirió abandonar el libro. Eran las nueve de la noche cuando despertó de un sueño intranquilo gracias al celular de Ibáñez, que sonaba con insistencia. El asistente, con los pies sobre el escritorio, leía la segunda edición de cierto periódico que obsequiaba a sus lectores con abundantes gráficas de féminas carentes de ropa. ¿No vas a contestar, pinche Ibáñez?, preguntó el inspector, sin obtener respuesta. Carajo, por lo menos baja las patotas de mi escritorio, gruñó Solana, espabilándose. El celular

calló por fin. Ibáñez puso los pies en el suelo mientras leía la nota en voz alta: Varias grandes obras de varios grandes autores han sido retiradas del mercado editorial. Se desconoce el motivo. El inspector se frotó la cara, se puso la gabardina y le arrebató el periódico a su asistente para arrojarlo a la basura. Te invito a unos tacos de aquí de avenida Universidad que me hicieron ojitos desde ayer en la noche, dijo sonriente. Sirve que me ayudes a repasar la evidencia, "Jorgito". Eran las diez en punto cuando, sin bajar de la patrulla, cada uno completó su cuenta de quince campechanos con todo.

México, D. F., septiembre de 2008

